



El sábado del accidente

ANNA, DE 16 AÑOS, ANHELABA MÁS que nada tener Internet en su casa, pero su familia vivía en una remota aldea de Rusia. Corría el año 2003 y ella no quería dejar de experimentar el nuevo fenómeno mundial.

Sus padres acordaron llevarla a una tienda para comprarle un módem el siguiente sábado en la mañana. Ellos no eran adventistas, pero Anna se había bautizado hacía un año después de que su abuela le hablara de Jesús. Sabía que estaba mal ir a comprar un módem en sábado, ¡pero anhelaba tanto tener Internet en casa!

Anna recuerda haber salido con sus padres de casa y haberse subido al automóvil. Lo que sucedió después, sin embargo, lo escuchó de labios de su abuela.

Su padre excedió el límite de velocidad de camino a la tienda. La carretera estaba resbaladiza por el frío del invierno. De repente, el automóvil se deslizó y fueron investidos por un camión. Sus padres murieron a causa de las contusiones y el camionero se rompió una pierna. Anna llegó al hospital en coma y los médicos creyeron que no sobreviviría. La abuela de Anna ayunó y oró, y solicitó a los miembros de su iglesia que se unieran a ella en oración. Para sorpresa de los médicos, Anna salió del coma tres días después y se recuperó rápidamente. Dos meses después, estaba de vuelta en la escuela para terminar el décimo grado con el resto de su clase.

Para darle apoyo físico y espiritual, la abuela de Anna se mudó a la casa de su nieta, en la ciudad de Novoshátjinsk, Primorie. Pero Anna se hundió en una terrible depresión. Sentía una pesada culpa por la muerte de sus padres. No culpaba a Dios, pues sabía que Dios no causa la

muerte, pero sí sabía que había estado mal ir de compras en sábado. Deseaba haberles dicho a sus padres que se quedarán en casa. Si hubieran esperado unas horas para ir a comprar el módem, nada habría pasado. Se culpaba por la muerte de sus padres.

La culpa también acompañó a Anna cuando se mudó a la ciudad portuaria de Vladivostok para comenzar sus estudios universitarios. Comenzó a asistir a la única iglesia adventista de la ciudad, pero no iba todos los sábados, sino de vez en cuando, y para complacer a su abuela. Pero saber que no estaba viviendo una vida santa hacía que su culpa se profundizara.

La abuela de Anna oraba por su nieta y la llamaba todos los días.

–¿Ya leíste la Biblia hoy? –le preguntaba amorosamente.

Si Anna decía que sí, le preguntaba qué pasajes había leído.

–¿Y oraste? –le insistía–. No te olvides de orar.

La abuela de Anna le pedía que le compartiera sus luchas y oraba con ella por teléfono.

En la universidad, Anna conoció a una maestra adventista que la ayudaba con sus tareas y oraba con ella. La maestra también le pidió a la iglesia que la mantuvieran en sus oraciones. Anna recordaba el día en que se bautizó y oraba pidiendo perdón.

“Señor, sé que mi vida está mal”, oraba. “Sé que estoy viviendo en la oscuridad y sé que la vida sin ti no tiene sentido. Ayúdame a hacer buenos amigos en la iglesia, dame una disposición amigable y enséñame a ser abierta. Ayúdame a recordar orar y leer la Biblia”.

CÁPSULA INFORMATIVA

- Los bailes folclóricos forman parte importante de la cultura rusa y uno de los más llamativos es el baile en cuclillas, generalmente realizado por hombres, en el que se colocan en cuclillas con sus torsos rectos y luego comienzan a patear alternando las piernas al son de una música que suele ser muy rápida. Los artistas deben tener piernas muy fuertes y un excelente equilibrio para lograrlo.
- Entre los siglos IX y XI, parte del territorio ruso fue conquistado y colonizado por vikingos, conocidos en esa parte del mundo como varangianos.

Anna hablaba ahora con Dios frecuentemente y comenzó a leer *El conflicto de los siglos* de Elena de White, que su abuela le había regalado. Al leer sobre las dificultades de Lutero y los demás reformadores, entendió que Dios perdona incluso a los peores pecadores, así que decidió renunciar a sus malos hábitos.

Anna comenzó a llamar a su abuela cada día antes de que ella lo hiciera.

Su fe comenzó a crecer e iba alegremente a la iglesia cada sábado para encontrarse con Dios. Anna entendió que Dios ya había perdonado sus pecados y que no los recordaría nunca más, haciendo que el gran peso de su corazón se esfumara.

Hoy Anna tiene 32 años y trabaja como profesora en la universidad. También es dirigente de los Conquistadores y secretaria de iglesia. Aún no sabe por qué ocurrió aquel accidente, pero eso ya no la atormenta.

“Muchos me han dicho que no fue culpa mía, pero no creo que las cosas sucedan por casualidad –dice Anna–. Sucedió un sábado y todavía hoy pienso qué habría sucedido si yo hubiera sido fiel. Pero lo cierto es que ocurrió y todo en mi vida cambió. Mi vida tiene un antes y un después de aquel sábado del accidente”.

Anna agradece a Dios por las oraciones de su abuela, que ahora tiene ochenta años, así como por las oraciones de los miembros de la iglesia que la ayudaron a cambiar su vida.

“Sé que muchos de mis problemas se resolvieron porque la iglesia oró por mí”, nos cuenta. “Nada vale la pena en la vida sin Dios”.

Hace tres años, parte de las ofrendas del decimotercer sábado ayudaron a construir un nuevo templo para la iglesia de Anna en Vladivostok. Gracias por apoyar a esta iglesia con sus ofrendas misioneras y sus oraciones.